

# Miguel Servet

## ● Personalidad y temple de un hombre genial

**Juan-Manuel Palacios Sánchez**

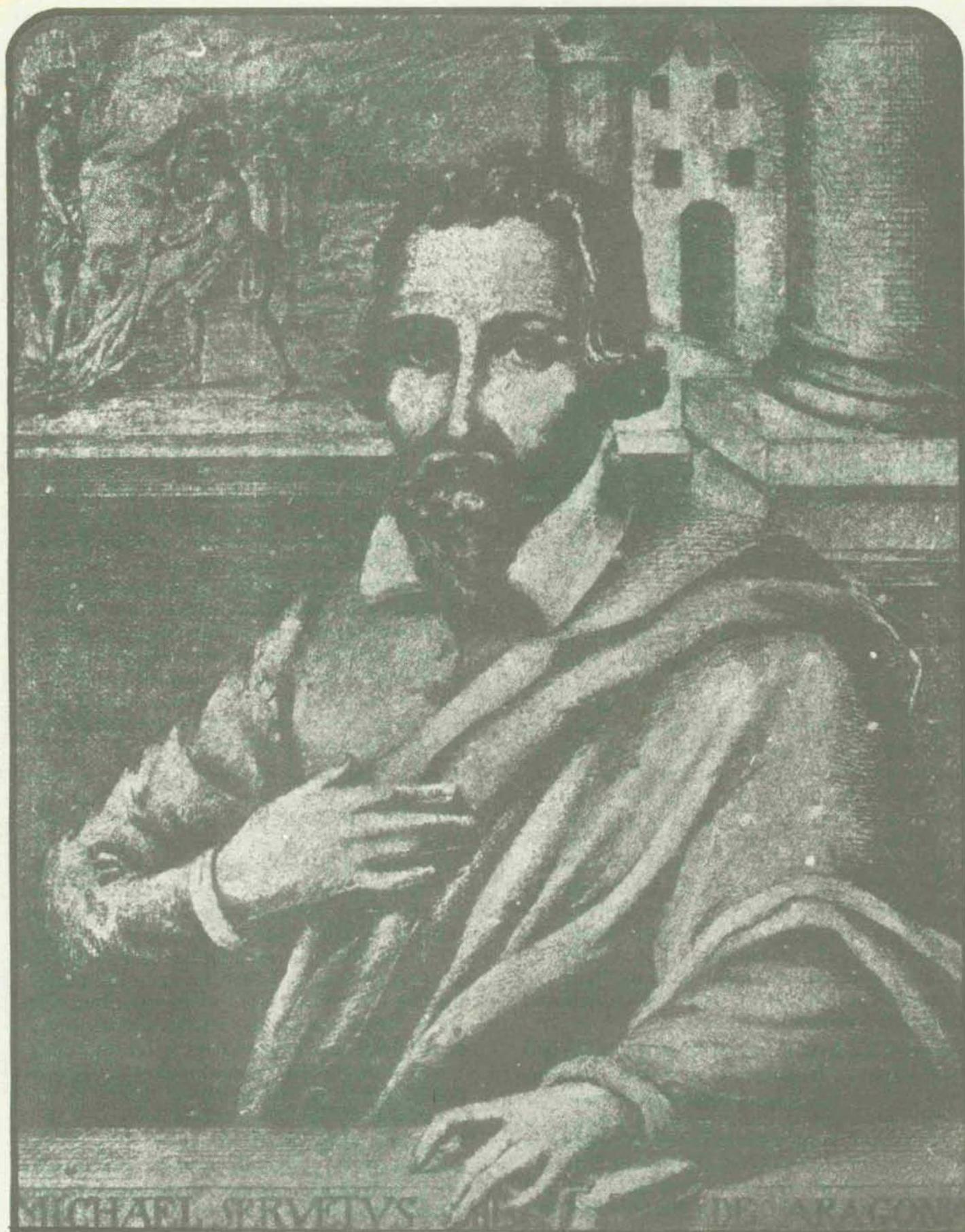
*Cronista Oficial del Real y Nobilísimo Monasterio de SIJENA*

**M**UCHO se ha hablado y escrito sobre la personalidad singularísima de Miguel Servet. Los escritos que el pasado nos ha legado y que todavía siguen circulando no siempre responden a la «hechura» de este hombre genial. Por desgracia para esta figura de nuestra Ciencia y para la misma Historia de la Cultura Universal, con frecuencia se ha incurrido en errores sustantivos que han desdibujado su fisonomía significativa. Otras veces, intencionadamente, se han tergiversado las cosas. No faltan, por fortuna, estudios serios, fruto de la investigación serena sobre los mismos fondos de archivo y sobre las obras que escribió el personaje.

*Autores los ha habido y los hay que han analizado y matizado la aportación de Servet, teniendo en cuenta, entre otras cosas, la época turbulenta que le correspondió vivir y que de hecho facilitó la manifestación de la personalidad y temple de un hombre de excepción. Hoy, salvo excepciones, la figura de Miguel Servet es reivindicada, reconociendo su importancia teológica, científica y hasta humana.*

**H**OMBRE sabio y preocupado por los problemas humanos y divinos, gustó Miguel Servet del cultivo de todos los saberes de su tiempo, desde aquellos de índole geográfica, astrológica y física en general hasta los de carácter fisiológico, como los relativos a la investigación cardiovascular, pasando por los esencialmente filosóficos y teológicos a los que, en última instancia, dirigió su actividad toda. Todos los saberes recibieron en Servet un sentido profundo y una perfecta conjunción, de cara a los altos ideales de la vida y la existencia. Resulta en cierto modo incomprensible que un extranjero --la mayor parte de su vida es-

tuvo fuera de España-- ausente de su familia y en muchas ocasiones solo y sin amigos, pudiera profundizar tanto en la ciencia y pensamiento de su época, que escribiera tantas obras y que, como resultado de sus profundas investigaciones sobre el cadáver, nos legara su genial hallazgo sobre la circulación pulmonal. Nuestra incompreensión sube de tono, cuando se piensa que esta colosal empresa la consumó sin disfrutar del mínimo reposo necesario de una obra de esta dimensión. Solamente un hombre de la personalidad y temple de éste, de la «hechura» de Miguel Servet, pudo llevar a feliz término esta empresa, obra, en último término, de un científico auténtico, de una



Retrato de Miguel Servet existente en la Biblioteca Nacional de Madrid.

Estatua sedente de Miguel Servet, existente en la Facultad de Medicina de Zaragoza y cuya réplica constituye el monumento a dicho sabio en Villanueva de Sijena, su pueblo natal.



personalidad no común al servicio de la verdad, de la justicia y sobre todo de la libertad del hombre.

Para Miguel Servet, la ciencia y Dios son dos cosas inseparables. Desde el comienzo de su obra, su pensamiento científico va unido al religioso. Dios es para Servet el tema único y trascendente de su vida toda. Por ello, jamás se aparta del fondo bíblico de las cosas. Su pasión por las cosas divinas fue tal que el descubrimiento de la circulación de la sangre, que es uno de los hallazgos más trascendentes que el Mundo se han realizado, le pareció un hecho secundario e intrascendente. Con sencillez asombrosa, lo describió magistralmente en su obra teológica **Christianismi restitutio**. Dio Servet a la circulación de la sangre un sentido religioso: Mediante la mecánica de la sangre y su mezcla en el organismo, puede llegar al alma humana, infundida por Dios en la sangre. Se expresa así el fisiólogo español:

**«El espíritu divino está en la sangre y el espíritu divino es la sangre o el espíritu sanguíneo».** Observese que no dice que el espíritu divino está en el parénquima del hígado o del cerebro o en las paredes del corazón sino en la sangre, como nos enseña Dios en el Génesis, Levítico y Deuteronomio. Establece así una correlación perfecta entre la Biblia y la Naturaleza. Pretendía Servet que su descubrimiento sirviera como acabamos de decir para resolver de una vez para siempre el problema teológico de la formación del alma infundida por Dios en la sangre.

La Biblia y los demás textos sagrados son el fondo inequívoco e indeclinable de su Teología. La doctrina de los Santos Padres le era familiar, la cual utiliza como estímulo de sus constantes meditaciones. Su filosofía tiene una base neoplatónica. A este respecto, su obra va unida al pensamiento de Parménides, Proclo y Plotino, ratificando posiciones de las tesis y posiciones de filósofos tales como Hermes, Trimegistro, Filón y Numericos, cuyas posiciones estudia y analiza en su profundidad. a pesar de sentirse neoplático, su filosofía es distinta, propia de su mente no ajustada a moldes preconcebidos, y auténticamente original.

Fue Miguel Servet un librepensador y también un creyente convencido o, como hoy diríamos, un cristiano comprometido. Profundo conocedor de la debilidad de la naturaleza humana y de la crueldad de su tiempo, escribía una carta a Ecolampadio, en la que dejó insertas estas memorables palabras: **«Tal es la fragilidad humana que condenamos a los demás como impostores e impíos, más nunca nos condenamos a nosotros mismos...»** Y más tarde, continúa: **«Considero un asunto muy grave el matar a los hombres por creer que están en el error o por algún detalle de interpretación, o cuando sabemos que el más elegido se puede equivocar»**, palabras que constituyen un código de lo que hoy llamaríamos respeto a las libertades humanas y que en nuestro tiempo nadie se atrevería a discutir.

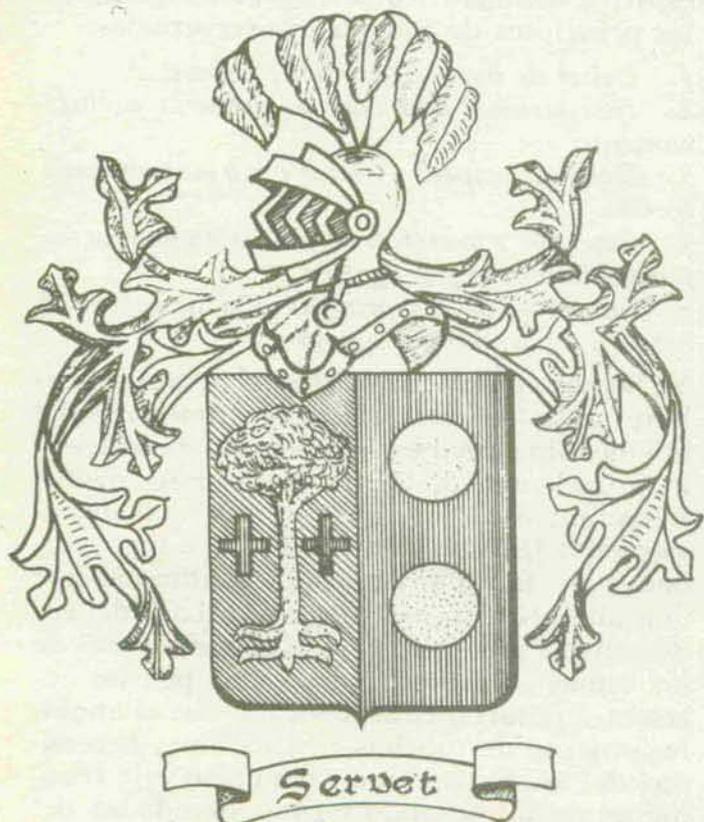
A través de las precedentes manifestaciones de nuestro sabio, se puede observar que Servet se adelantó a su siglo. Tuvo la gran desgracia de vivir en una época en que los principios de libertad y respeto a los fueros del pensamiento no existían, abrasados, sin duda, por la fiebre religiosa de una Reforma que resolviera aquel caos imperante en la mente de los hombres, torturados por la solución del grave problema de la salvación eterna y por la también solución de los problemas derivados de la intronización del Renacimiento. Así se comprende que Miguel Servet, hombre indomable y sereno, fuera conducido a la hoguera, por el gran «delito de haber defendido sus propias convicciones y creencias.

En este sentido, Servet fue un mártir de sus propias convicciones, de su ideario de hombre libre y auténtico. Estas convicciones, este ideario de hombre de Servet, lo supo defender valerosamente a través de su voz y sobre todo de su pluma. Constituye así el paradigma de toda una filosofía de respeto a los fueros de pensamiento y de la humana libertad. Su humanismo conduce al respeto y convivencia

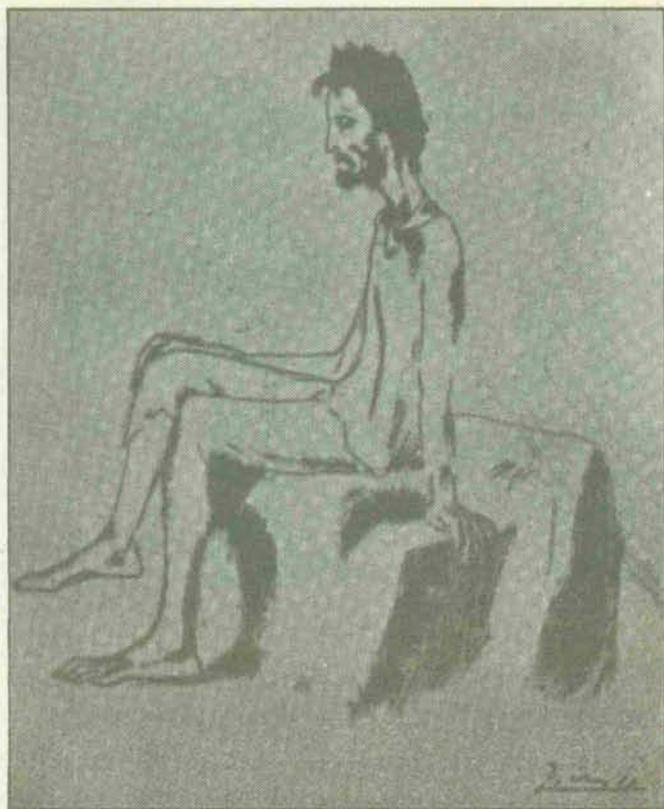
pacífica entre los hombres, mientras les invita y conduce a la completa realización humana. Entendió que el hombre, desde sus primeros años, es capaz de construir su imagen peculiar del Mundo para terminar en su completa realización. Laín Entralgo ve en el sabio aragonés «la enseña de los seres con vocación de hombres». De ahí que Miguel Servet no quepa en el estrecho marco de los cuadros preconcebidos. No admite clasificaciones. Hombre valeroso y leal a sus propias convicciones, no le asustó el anatema de Bucero que, desde el púlpito, pidió que fuera descuartizado. Solamente un insensato, un romántico o un loco sería capaz de insistir en sus predicaciones, con sus inherentes persecuciones y torturas.

Pey Ordeix dejó escrito: «Su fiebre por el saber, la firmeza y solidez de sus convicciones más la imposibilidad de enmudecer ante la verdad combatida y desdibujada devoran la existencia de Servet». Por su parte, el Doctor Ladame dice así refiriéndose a él: «**Servet ha inaugurado la libre creencia tomada de la Biblia, la reforma de la conciencia religiosa, con todas las consecuencias de sus principios fundamentales de libre búsqueda de la verdad.**»

Mientras los otros reformadores, asustados por los resultados de su audacia, se detienen y retroceden ante su obra, Servet no conoce compromiso y lucha contra toda estructura, sin importarle demasiado las consecuencias



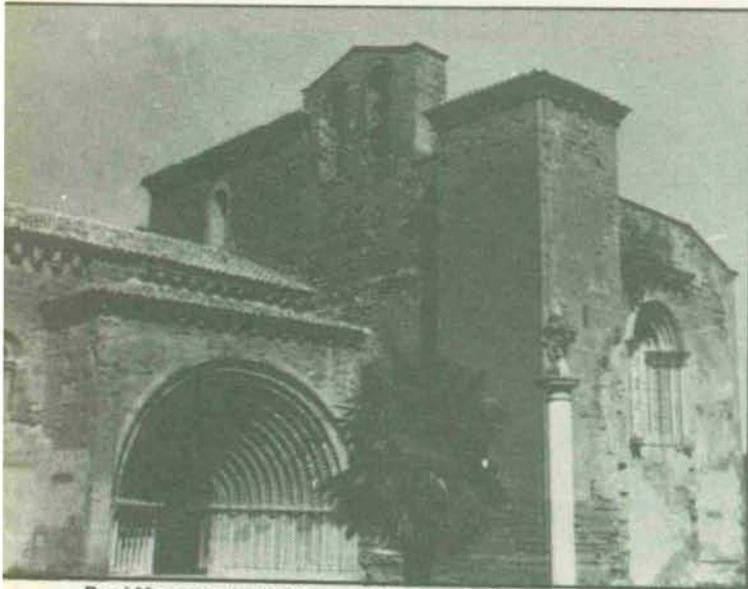
Escudo de Armas de la familia Servet.



Retrato de Miguel Servet en prisión, por Picasso.

que puede acarrear la defensa de sus principios. Después de la «Guerra de los Campesinos» y ante el horror del movimiento anabaptista, Lutero, un tanto espantado, se esforzó en conseguir la marcha progresiva de la Iglesia. Melanchthon, por su parte, redacta la Confesión de Augsburgo, intentando de algún modo encontrar en la Reforma la continuidad de la tradición apostólica desde Nicea. Por el contrario, Miguel Servet está siempre dispuesto a modificar sus criterios dogmáticos pero no dando nunca un paso atrás.

En la obra del sabio español se observa que, a pesar de su integridad ideológica, nunca dijo su última palabra, lo cual muestra a las claras que la libertad de su espíritu se movía al servicio de una constante apertura hacia metas cada vez más abiertas y ambiciosas. Su firmeza en la defensa de su pensamiento no retrocede ante la amenaza. Convencido de la realidad que le envuelve, exclama: «¡No me importa morir!» Otro hombre, seguramente, utilizando como arma la hipocresía, hubiera evadido sus situaciones mil de peligro. A Servet le faltó el «don» de la hipocresía. Planteado el dilema de la suerte que se le deparaba, la decisión resultaba indeclinable: O renunciaba a su vocación, traicionándose a sí mismo y por consiguiente a su conciencia, o era conducido a muerte cruenta. a la hora suprema de la decisión, se inclinó por la segunda opción,



Real Monasterio de Sijena, del que fue notario el padre de Servet. Servet.

aceptando todos los sacrificios. Ello no nos sorprende pero nos llena de admiración.

Empeñados en definir la «hechura» de este hombre excepcional, apuntaremos en su persona la figura del aragonés terco, inflexible y fiel a sus principios. Ni la muerte ni la condenación eterna, con las que le conminaron sus enemigos, lograron minar su firmeza de ánimo. Ello demuestra hasta qué punto estaba convencido de la honestidad de sus principios. Sus pruebas de arrojo y valentía no ofrecen duda alguna. Esta valentía y este arrojo le condujeron a publicar sus libros con su correspondiente filiación, sin buscar subterfugios de ningún género. De esta suerte, nunca se sintió amilanado ante las personas que le hicieron frente y jamás dio pruebas de conocer el miedo.

Siente Miguel Servet un horror manifiesto a todo lo que suponga violencia y tortura. Denuncia el estado de cosas imperante y, aunque no le asustan los horrores inquisitoriales, desea evadirse de ellos, si bien no silencia su indignación, incluye la denuncia contra la situación imperante.

Apto para la amistad, tiene un alto concepto de ella, poniendo extremo cuidado en no comprometer a sus amigos. Cuando es procesado en Ginebra y la sentencia de muerte resulta inevitable, tiene mucho cuidado de no comprometer a sus antiguos amigos, aunque algunos de ellos aparecen como cómplices encubiertos. En vísperas de su proceso, envía ejemplares de su obra fundamental a sus amigos italianos, a los que había conocido en su época de estudiante en la Universidad. Durante veintitrés años mantiene una estrecha amistad con Pedro Paulmier, Arzobispo de

Vienne, antigua capital del Delfinado de Francia, quien por espacio de doce años le hospedó en su palacio, en calidad de médico de cámara. Su lealtad con sus amigos y hasta con sus enemigos --*enemigos suyos fueron solamente sus adversarios ideológicos*-- fundamenta su amistad y caridad en la voluntad de salvar a las almas.

En la obra científica y sobre todo teológica de Servet rezuma la recia personalidad del personaje. En ella se dibuja la fiereza de un alma indomable. Cuando habla de la violencia de su época, su lenguaje es duro, áspero y hasta violento. Por el contrario, cuando discute un problema científico y sobre todo religioso, su espíritu se presenta apacible, humanitario. Su inquietud por el estudio exhaustivo de las cosas de su época le lleva al abandono de la Corte imperial del César, de la que formó parte. De esta suerte, cuando se encuentra libre de compromisos cortesanos, indica su «apostolado errante», siguiendo así una vocación ardorosamente acogida. Lejos de seguir caminos fáciles y trillados, se somete voluntariamente a ser señalado con el dedo. **«Soy consciente y nada temo a la muerte»**, dijo en cierta ocasión: Hasta tal extremo llevó la defensa de sus propios principios.

Resulta aleccionador que un español del siglo XVI, inmerso en persecuciones y zozobras, nos legara un ideario que hoy constituye un código de respeto a los fueros del pensamiento y de espíritu democrático. Escogemos algunos de los principios de este ideario servetiano:

1. *Deber de buscar lealmente la verdad.*
2. *Inseguridad personal de poseerla exclusivamente.*
3. *Deber de respeto y tolerancia a las opiniones ajenas.*
4. *Repudio y aversión de todo aquello que suponga violencia y venganza.*
5. *Solución de los problemas a la luz de la razón y de la noble discusión.*

Ya hemos apuntado que Miguel Servet se adelantó a su siglo, sufriendo los horrores del mismo. Sin embargo, fue un enamorado de esa independencia de espíritu que preconizó el Renacimiento. Nuestro sabio cultivó la discusión en la Universidad de París y en otras ciudades de Europa, discusión sublimada por una auténtica forma silogística. La independencia que se respira para la libre discusión de los temas científicos, impulsada por las corrientes renacentistas, chocaba con el anquilosamiento de muchas Instituciones heredadas del Medievo. Servet denunció este fenómeno, no admitiendo formas heredadas del pasado que no reflejaran la verdad. En esta

búsqueda de la verdad se incluye la discusión como método silogístico de esclarecimiento de la misma. En aquel tiempo, se disputaba «antes de la comida, en la comida y después de la comida», según una frase expresiva de la época, o como diría nuestro Luis Vives «en todo lugar y tiempo». Los hombres más eminentes de entonces se entrenaban en la discusión desde sus años mozos, en esa búsqueda de la verdad científica. Ahí está Pedro Abelardo que a los 16 años de edad comenzó a discutir de aula en aula, asombrando a todos con su deseo de lograr una respuesta a los temas mil planteados. Cuando solamente tenía 22 años, se presentó en París como un auténtico rival de su Maestro. Miguel Servet utilizó la polémica y discusión dentro y fuera de la Universidad. En París abrió cátedra y su prestigio fue grande. La gente «hacía cola» para oír al «dulce sabio español».

Fue Miguel Servet un hombre fogoso, amante de la sana discusión, idealista, multifacético y arrogante. Cuando se intenta frustrar la evidencia, cuando la mentira y el engaño hacen su aparición, se enfrenta con valentía. Nunca se acobardó ante las personas que le hicieron frente. Ejerciendo la Medicina en la pequeña población francesa de Charlieu, fue atacado cierta noche por un grupo de médicos, envidiosos de sus grandes curaciones. Servet se defendió valerosamente con su espada, hiriendo a uno de ellos, lo que motivó su internamiento en la cárcel durante unos días.

Hombre de voluntad férrea, su vida tuvo por ejecutoria la búsqueda de la verdad y en esta búsqueda se agotó. Esa búsqueda, fruto de una curiosidad ilimitada, es una de las constantes de su vida. Miguel Servet, con su trágica muerte, abrió sin pretenderlo horizontes considerables en el campo de los defensores del libre pensamiento. La hoguera de Champel proyectó sobre el cielo europeo el arco iris de una nueva era.

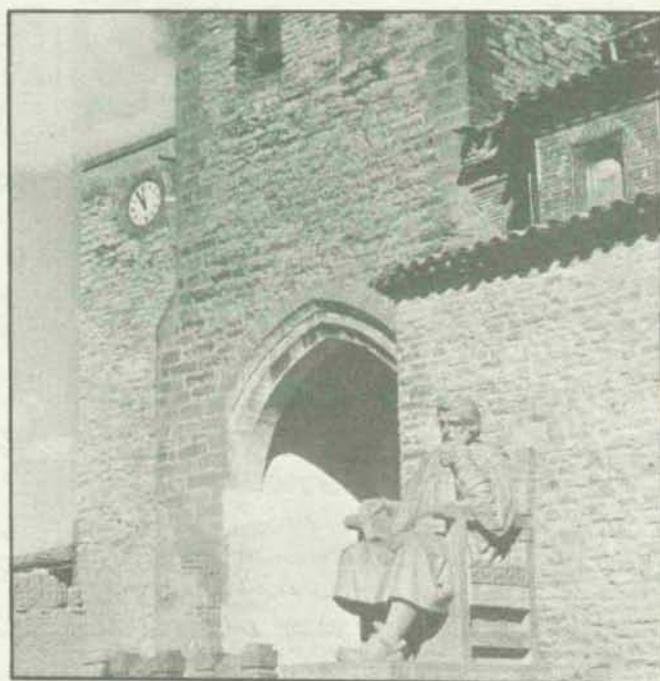
Aquella voluntad sin límites del aragonés, su independencia de espíritu y la rectitud de conciencia le llevan a «romper» con todo lo que se oponga a sus creencias y convicciones: *Es así que se aleja de Fray Juan Quintana, su amigo y protector, también determinó separarse de Melanchthon y de una manera especial de las posiciones mantenidas por Bucero, Ecolampadio, Calvino...* Aquella desbordada fiebre por el saber, la firmeza y solidez de su criterio y su impotencia para enmudecer ante la verdad combatida y desdibujada devoran su existencia. Ellas constituyen el motor de sus indeclinables determinaciones.

Se observa a través de la lectura de sus obras que Miguel Servet, hombre honrado y bueno, poseía una auténtica agilidad mental y un poder asombroso de captación intelectual. Así se explica lo afirmado por sus biógrafos: a los dieciséis años de edad conocía el griego, latín y hebreo y poseía altos conocimientos de Filosofía escolástica y Teología. Nacido en las inmediaciones del Real y Nobilísimo oscense de Sijena, donde su padre ejercía la profesión de Notario real, en dicho Monasterio debió iniciar sus primeros estudios.

A Miguel Servet no podemos juzgar por una apreciación simple, emanada de su original postura teológica, y al mismo tiempo propia de un hombre fuera de lo normal. Dicha postura, propia de un hombre genial, fue amasada en uno de los siglos más difíciles de la Historia. Una apreciación como la que aludimos supondría una gran estrechez de miras, ajena al criterio humano de la Historia. La Humanidad, la ciencia médica y no médica, la Filosofía en suma y la moderna concepción de un humanismo trascendente, tienen en Miguel Servet un ejemplo típico de hombre al servicio de altos ideales y grandes realizaciones, ideales y realizaciones que explican las motivaciones más puras de la más exigente Filosofía.

Nuestra deuda con Miguel Servet es suma e imperecedera. Resulta una paradoja que España, el país que menos sintió los efectos de las corrientes del siglo XVI, produjera un hombre irreplicable, un valor que sobrepasa los límites del tiempo y el espacio, un español universal.

■ J.-M. A. S.



Monumento a Miguel Servet en su pueblo natal, Villanueva de Sijena (Huesca).